

¿Qué tiene que ver Dios con la trata de mujeres? La decisión que tomó Núria Güell —en la versión mexicana de su proyecto— de entrevistar a chicas rescatadas del tráfico de personas a partir de obras de arte colonial resultó una intuición reveladora.

Desde el primer momento es evidente que hay una disparidad entre ella y sus entrevistados ocasionada por su origen. Aunque ella toma el cuidado de presentarse como catalana, ese matiz en México no tiene peso: su acento y su aspecto son de “española”. La soltura de la artista contrasta con la incomodidad de la mayor parte de sus entrevistadas, aunque no todas, y de los dos hombres con los que charla. Güell es quien controla el proyecto, la cámara, la edición, en suma, está en posición de poder, como suele ocurrir con los europeos en México, en particular con los españoles. Ciertamente todo el proyecto fue realizado con acuerdos muy puntuales y llenos de respeto hacia las entrevistadas, e incluso por los dos hombres que aparecen en cuadro y de los que poco a poco nos enteramos que han sido tratantes de mujeres; sin embargo, decididamente Núria es quien lleva las riendas de la situación: se percibe con claridad una disimetría cultural que la elección del arte colonial nos ayuda a leer retroactivamente.

Las chicas son convocadas a comentar obras que los museos de la Ciudad de México han aceptado prestar para la exposición; al explicarlas, se vuelve manifiesto que ellas reconocen muy pocas de las escenas católicas, sólo lo hacen con las más evidentes, como Adán y Eva. Los relatos bíblicos plasmados en las pinturas les resultan ajenos, ignoran todo de la *Leyenda dorada* y están muy lejos de poder decir por qué Santa Águeda ha perdido los senos. Poco importa que sus propias historias rocen las de la virgen italiana y que el cuadro de Vaccaro se encuentre en el museo de San Carlos, al que ellas nunca han ido.

Por eso, cuando Núria Güell les dice que les va a presentar imágenes que forman parte de “la cultura”, se revela un problema fundamental que se va a desplegar a lo largo del proyecto: la cultura católica europea es considerada como “la cultura” por antonomasia. Se da por supuesto que sus entrevistados forman parte de esa cultura, algo que no se confirma en la entrevista, a pesar de que ellos también aceptan que esas imágenes de la

cultura europea son producciones de “la cultura”. Esa naturalización de la cultura europea como universal implica un desdén por las condiciones de imposición violenta con las que se realizó la evangelización en los territorios expoliados por España a partir del siglo XIV. No es secreto —pero sí un dato tratado como secundario y parte “del pasado”— que en el Anáhuac la cultura eurocatólica se impuso a través de una gran violencia a una población cuyos herederos hoy se reconocen como católicos, pero sin pertenecer realmente a una tradición a la que sólo acceden muy superficialmente pues nunca fue propia. Por ejemplo, ¿qué tanto importa en México el ascenso al monte Carmelo y la mística española en general? Un factor sin el cual el catolicismo español es incomprendible: la mística de santa Teresa o de san Juan en México resultan capítulos oscuros o son desconocidos. La colonia española impuso una violencia epistémica: la ruptura de la gente local con sus propias culturas no implicó la plena incorporación de la población autóctona a la nueva cultura; no sólo por obstáculos mayores como dos historias completamente ajenas entre sí o lenguas cuya estructura, escritura y morfología no lo facilitaban, sino porque nunca fue realmente el proyecto español. La evangelización, en realidad, operó como herramienta de dominación y se tradujo en un mundo de diferencias sociales organizadas por el racismo, que la “pintura de castas” plasmó con claridad y que actualmente todavía clasifica a las personas en México según su color de piel (45:47).<sup>1</sup>

Con la evangelización se introdujo un régimen patriarcal, colonial y racista que echó hondas raíces culturales en México. Aunque los pobladores no tenían acceso pleno a la cultura eurocatólica, las formas de dominación y de explotación que la colonia impuso sí penetraron profundamente el tejido social, y no podía ser de otra manera si la mayoría de las relaciones sociales en la época estuvieron normadas por el aparato legal trazado en *Las siete partidas*, de Alfonso X, que expresa con claridad la vinculación estrecha e institucionalizada entre la religión y la dominación masculina.

En México se ha establecido la relación entre el mundo indígena y la pobreza, como si fuese algo intrínseco a la forma de vida de los pueblos originarios, lo cual indica que el orden colonial no ha desaparecido. El hecho mismo de usar la noción “indio” o “indígena” para asimilar en una sola palabra una variedad de culturas asombrosas lo indica con dureza.

---

<sup>1</sup> Haremos así referencia a ciertos momentos del video *Una película de Dios* que es parte de la exposición de Núria Güell en el MUAC.

*Una película de Dios* expone sutil, pero eficazmente, que ese trasfondo colonial existe como basamento de las condiciones de tremenda precariedad de las mujeres, que los proxenetas explotan para darles a las chicas una pequeña esperanza que tiene tres rostros: saldrán de la pobreza, irán a la ciudad y serán amadas. Como el Cristo trifacial de la pintura colonial, esas tres expectativas forman una sola: *salir de la nada, que tiene rostro de soledad*.

### **María Magdalena penitente**

Él: La imagen representa la soledad en que ellas se sentían. Aunque había compañeras, estaban descobijadas, solas, sin ayuda de su alrededor.

Ella: La drogaron y la violaron varias veces, porque no se quería dejar parchar.

Él: Aunque haya gente que se dé cuenta, nadie hace nada por ellas, ellas no pueden gritar, se sienten solas.

Ella: Por dentro estamos solas, no tenemos protección suficiente de otras personas.

Están reducidas a esa nada por su triple subalternidad: ser mujeres, ser pobres y no ser “blancas”. Theodor Adorno decía: “Sólo serás amado donde puedas mostrarte débil sin provocar la fuerza”,<sup>2</sup> y en esas vidas ciertamente no hay amor. Pero sí hay *esperanza* de amor, una llama inextinguible que les permite vivir. Sin embargo, su configuración es problemática porque se organiza a partir de un presupuesto: la posibilidad de llegar a tener una mejor vida depende del hombre.

La mujer siempre se siente sola, en el fondo hay un vacío y quieren llenarlo con la imagen de este hombre. Quiere sentirse llena con el amor y con la ilusión. Y ellas quieren saber que el hombre tiene poder, para que ellas puedan dejar de sentirse solas. Que puedan sentir el amor y que están cubiertas por él. (52:25)

Hay un momento muy revelador en el video: tras relatar las atrocidades de las que fueron objeto por diversos varones, a la mitad de la entrevista, de repente las chicas interrumpen el

---

<sup>2</sup> Theodor Adorno, *Mínima moralía*, Madrid, Taurus, 2001 [1951], p. 193.

diálogo, todas brincan, gritan y se asoman por una ventana hacia el exterior: el vecino, un muchacho de buen ver, hizo su aparición en el campo visual (31:25).

Por su parte, los hombres entrevistados, tampoco han escapado a la violencia. De creer a sus relatos, sus infancias estuvieron marcadas por las golpizas que recibían de su madre y abuela, y por las que los hombres le propinaban a su madre, quien era prostituta (53:18). Para esos dos hermanos, sin educación y sin acceso al mercado laboral, las mujeres son propiedades, mercancías valiosas en un mundo que cierra las alternativas a otros bienes, ya sean materiales, culturales o afectivos. Se trata de un régimen patriarcal al interior de lo que a partir de Aníbal Quijano se ha denominado la *matriz colonial del poder*, que trastorna por completo la vida de hombres y mujeres, aunque no por igual. En ese régimen, las mujeres tienen un grado todavía mayor de subalternidad, reforzada por una educación en la que las madres someten a sus hijas a “respetar a los hombres”, arguyendo el respeto a la religión católica. Por eso, las mujeres suelen ejercer terrible violencia hacia otras mujeres en feroz defensa de ese sistema de valores.

O bien ocurre que las madres vean en sus hijas a mujeres rivales que compiten con ellas por los favores del hombre en turno, sin importar si su hija, que está siendo violada por él, tiene sólo nueve años (46:34), no importa: sigue siendo una mujer rival. Esa competencia cruda, esencia de la modernidad capitalista, borra los lazos familiares y la gente sólo vale si tiene valor de cambio, en tanto mercancía, y al cosificarse su valía se reduce a ser en último término un objeto de goce sexual, por lo cual el incesto se vuelve casi sistemático.

Ante esta devastación del elemento simbólico que Lévi-Strauss ubicó como el fundamento mismo de la cultura, lo que resta no es sólo la deshumanización, sino la muerte como solución al horror. ¿Quizás eso es lo que hace surgir a la santa Muerte como un momento de fuga del catolicismo en el video? (1:02:00) El sincretismo de ese culto es manifiesto, es genuinamente mexicano y ciertamente no es católico. El culto a la muerte da poder, agencia: “donde me la pinten se las borro”, dice la madre de los proxenetes, iniciada por ellos en el culto. Los devotos deciden acogerse a ella como protectora, pero eso tiene un grado de riesgo, pues la falta de fidelidad se paga con la vida o la de los hijos. Con todo, tener a la muerte del propio lado es un arsenal importante cuando alguien toma la decisión de hacer “cosas malas”: la santa Muerte no hace milagros, a ella se le piden cosas malas.

Así, este momento de fuga del catolicismo es un factor de agencia, pero sucede al margen de la legalidad, por la vía de la criminalidad y donde la única verdadera solución es la muerte.

Entre tanta precariedad, el cuerpo femenino “sexí” puede ser otro factor de agencia, así, una de las chicas nos explica cómo hacía pagar a sus clientes cinco mil pesos por tener relaciones y mil pesos más cada vez que le pedían algo suplementario. Esto indica que este mundo patriarcal, las mujeres no están totalmente inermes, su agencia en tanto mujeres se encuentra en su sensualidad y en su cuerpo, pero no mucho más, lo cual las deja muy expuestas. Por lo cual no se soluciona un “vacío” que ellas esperan llenar con un hombre.

### ***Adán y Eva (1530) de Lucas Cranach “el Viejo” (20:36)***

Ella: Ellos dos hacen buena pareja, todo feliz.

Él: Es una pareja, al llegar al momento de que ellas estaban con nosotros las hacíamos creer que de veras las amábamos, había enamoramiento. Había sentimientos de que ellas valían para nosotros. Puede tener un valor religioso o histórico, pero ellas creían en un matrimonio que las iban a llevar a un mejor nivel de vida. Cuando ya las teníamos “trabajando” les hacíamos creer que era temporal, que les iban a comprar su casa e iban a ser amas de casa. Sacarlas del entorno del que se encontraban sin que tengan apoyo de nadie.

Esta esperanza de una vida futura mejor, su deseo de cierta pacificación por ser ama de casa y tener una familia, de ser amadas, de ser valoradas, y las seguridades que reciben de ellos de que el sufrimiento es temporal en pos de una vida mejor en el horizonte es la esencia de la promesa del proxeneta que sirve como carnada para engancharlas en el horror, lo cual consiguen ahondando su soledad.

Si bien la redención que ellas esperan vendría del matrimonio, en el que el hombre es el bien supremo, a lo largo de los testimonios lo que se detecta es la ausencia sistemática de hombres que funjan mínimamente como padres. Ciertamente no los hay en su función de proveedores materiales, pero sobre todo no hay padres que sean amorosos y protectores. En *Una película de Dios*, no hay padres. Hay machos copuladores, hombres genitores y

padrastrós violadores, pero no hay padres. La función paterna está desaparecida y en su lugar sólo queda la violencia y el incesto.

Para ellas —y de alguna manera también para ellos—, Dios es el padre que no hubo: Él, o su concepto, es el de alguien que protege, ama inmensamente y permite establecer lazos de comunidad con otros (*religio*). Por eso el círculo se renueva: la idea de Dios termina por ser la última esperanza, y la religión parece la única salida de un laberinto que ella misma ha creado.

Por eso no deja de ser impactante que la reinserción social de los dos proxenetas provenga de su conversión en pastores protestantes, con todos los valores ultraconservadores y androcentrados que conlleva esa elección. Así, la matriz colonial de poder se renueva y se refuerza, ahora bajo la forma del neocolonialismo que desde los Estados Unidos se disemina hacia el sur. Y no es un dato secundario: el neocolonialismo protestante ya ha sido un factor para que la población más depauperada lleve el fascismo a la presidencia de Brasil. Esa agenda moral ultraconservadora es perfectamente solidaria del neoliberalismo más rapaz: que se nos permita dudar, entonces, que hayamos terminado de vivir en una película de Dios. Como pronosticó Lacan: es el triunfo de la religión, pero, claro, en sus vínculos con el capitalismo, como lo intuyó Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. La religión opera movilizándolo a la grey pobre y vulnerable hacia un Dios que protege, que es infinitamente bueno, ama incondicionalmente y cuida de los suyos, dividiéndolos claramente en hombres y mujeres, con papeles muy precisos.

En la exposición, puede observarse *Magdalena frente a Jesús*, una obra de Juan Correa, pintor novohispano nacido en México en el siglo XVII. Como en cada pintura, el público tiene sobre sí una bocina que reproduce una grabación de alguno de los protagonistas. En el caso de esta pintura, la voz es de uno de los hermanos que da un testimonio grabado en el video, pero que en la exposición es más completo, y lo que el espectador escucha literalmente le cae desde lo alto sobre su cabeza. Al comentar el cuadro, donde María Magdalena está arrodillada frente a Jesús y está rodeada por múltiples hombres pero ninguna mujer, él cuenta que un día vio a una de las chicas hablando con un policía, algo que tenían prohibido, por lo que la amenazó: “En la casa hablamos”.

Él: “¿Sabes lo que te va a pasar?”. “Sí”, dijo, y con todo el miedo del mundo pidió ir al baño antes. En el pasillo tenía una imagen de un Cristo, yo la vigilaba y vi que estaba hincada. Le pregunté que qué hacía, y ella me dijo: “Estaba rogando a Dios que no me pegaras”.

Yo tenía un palo al que le llamaba *Panchito*. Ese día la golpeé con él.

El Papa Francisco acaba de enviar un mensaje a su grey: “Jesús no se conforma con un ‘porcentaje de amor’: no podemos amarlo al veinte, al cincuenta o al sesenta por ciento. O todo o nada”.<sup>3</sup> Así es, Jesús exige entrega total, pero ¿cumple su promesa de una vida mejor? A ella no le pudo dar lo que le rogó de rodillas, y ese día ella recibió una paliza.

Dios es una promesa sistemáticamente incumplida, sobre todo para los subalternos. Pero la promesa es muy eficaz y, con base en ella, Dios sigue convenciendo a los padres de familia para que entreguen a sus niños y niñas en manos de hombres —que se hacen llamar *padres*— que llegan a violentarlos de todas las formas posibles, desde luego también sexualmente. La forma de operar de los dos hermanos en la película es exactamente ésa: prometen a las mujeres que las van a amar y a cuidar, que estarán protegidas y su vida futura será mejor, pero terminan en la prostitución. No es casualidad que ambos hayan encontrado a Dios en su camino, porque la ilusión de Dios siempre estuvo ahí para que ellos pudieran *trabajar*. Dios es un proxeneta.

---

<sup>3</sup> Papa Francisco (pontifex\_es), 14 de noviembre de 2018. Disponible en: <[https://twitter.com/pontifex\\_es/status/1062684069551575040?lang=es](https://twitter.com/pontifex_es/status/1062684069551575040?lang=es)>.